



# Laudate

Boletín de Nuestra Señora de la Cristiandad - España

N.26 - NOVIEMBRE 2023

No miremos a otro lado.  
Una meditación sobre  
los novísimos

D. Tomás Minguet Civera,  
Pbro.

Santa Cecilia, Patrona de  
los músicos

Daniel Rubio Ferrandis,  
Director del Coro NSC-E

I Encuentro de Jóvenes  
NSC-E

Testimonios

Notas de actualidad

XII Peregrinación Summorum  
Pontificum a Roma

Ejercicios espirituales NSC-E  
para sacerdotes



Queridos peregrinos:

Los artículos de este boletín resultan de total actualidad en este mes de las ánimas, en el que ponemos en las manos del Señor el alma de todos nuestros fieles difuntos, y también en el que nos encomendamos a la intercesión de Santa Cecilia, a la que celebramos el próximo 22 de noviembre.

Con motivo de esta fecha tan señalada, el próximo fin de semana tendrá lugar el I Encuentro de Música Sacra organizado por Nuestra Señora de la Cristiandad - España, en el que los miembros del coro de la peregrinación podrán disfrutar de unas jornadas de formación y convivencia.

Por último, encomendémonos muy especialmente a la Santina en estos días, diciéndole:

**“Madre mía de Covadonga, salvadnos y salvad a España”.**

Diana Catalán Vitas  
Presidenta de NSC-E



# No miremos a otro lado

## Una meditación sobre los novísimos

D. Tomás Minguet Civera, Pbro.

«No te prometo hacerte feliz en este mundo, sino en el próximo».  
(Palabras de la Virgen María a Santa Bernadette de Soubirous)

«Porque él sabía mejor que la mayoría de nosotros que en esta vida sólo existe un propósito, y es un propósito que está más allá de esta vida».  
(G. K. Chesterton, Santo Tomás de Aquino)

En uno de los capítulos de *El hombre eterno*, Chesterton nos propone la tarea de leer el Evangelio como si nunca lo hubiéramos hecho y como si no supiéramos nada de Cristo. Es un ejercicio revelador. Si lo intentamos, si hacemos el esfuerzo de leer *de verdad* el Evangelio, *sin imaginarlo ni forzarlo*, veremos desplegarse ante nuestros ojos una historia más desconcertante y separada del imaginario colectivo (y de tantos sermones) de lo esperado. Veremos también dibujarse ante nosotros a un Cristo mucho más misterioso e impredecible (pero a la par más fascinante) de lo que tantos literatos o historiadores nos han querido vender. Escucharemos y veremos a Uno que ha hablado y actuado como nadie lo ha hecho ni antes ni después; a Alguien que ninguna mente humana habría podido inventar; a Aquél que nos dice lo que de verdad necesitamos escuchar. Un Cristo y una historia que, a fin de cuentas, no tiene otra explicación cabal que la predicación perenne de la Iglesia Católica: La segunda Persona de la Trinidad nos ha visitado, haciéndose carne en el seno inmaculado de la Santísima Virgen María. Y este Dios-y-hombre, Jesucristo, por nosotros y por nuestra salvación, con Amor inefable, padeció y murió en cruz y resucitó al tercer día, y está sentado a la derecha del Padre. Y volverá un día con gloria y majestad como Juez de vivos y muertos.

Y todo eso, ¿por qué?, ¿para qué? ¿Qué está en juego? Hay que mirar a los hechos de frente e «interpretar el tiempo presente» (cf. Lc 12, 56) sin mirar a otro lado. ¿Por qué ha venido Dios a la tierra a morir por nosotros? Grande debía ser la enfermedad que hizo necesario tal remedio. La enfermedad era que, desde Adán, teníamos cerradas las puertas del Cielo, por nuestra culpa, y no podíamos hacer nada para escapar de un destino eterno de condenación. El Verbo vino del Cielo para rescatarnos y llevarnos al Cielo, a ese Fin para el que hemos sido creados. No

indiscriminadamente y sin nuestro consentimiento, sino si aceptamos sus palabras, si nos sometemos a su dulce imperio, si nuestra vida en la tierra se convierte en un ir tras sus pasos de Buen Pastor por el camino de la santidad.

Esto que puede sonar tan “fantástico”, tal vez tan poco meditado en nuestros días y tal vez tan poco predicado en las iglesias, es lo que *de verdad* dice el Evangelio. Y no lo dice críptica o esotéricamente, sino con toda claridad y a cada página. Lo raro es cómo ha podido extenderse una imagen de Cristo tan parcial y descafeinada... un evangelio tan inmanente y facilón, merced a los cuales la vida cristiana consiste, básicamente, en ser más o menos buenos y en pedir a Dios que nos ayude con “nuestros” negocios, para ser *aquí* lo más felices que podamos. Y es que según este “evangelio inventado”, la vida que ahora vivimos es la importante y “la otra”, la que viene después de la muerte, no debe preocuparnos en exceso, porque hagamos lo que hagamos, iremos al cielo donde, quién sabe, seguramente se estará bien (por la razón que sea).

En las páginas sagradas, bien al contrario, Cristo no deja de repetir que Él ha venido del Cielo para morir por nosotros porque, de no hacerlo, no hubiéramos tenido ninguna posibilidad de salvación tras la muerte. El Señor afirma, muchas veces, que, cuando cerremos los ojos a este mundo, nos van a pasar ciertas cosas dependiendo de cómo nos hemos situado ante Él en esta vida. Nos dice que vivamos pensando en lo que nos espera tras esta vida, atesorando *allí* nuestras riquezas, porque aquello es lo eterno y sustancial, mientras que *aquí* estamos de paso. Nos asegura, constantemente, que tras la muerte nos espera un juicio respecto de cómo hemos vivido los años que se nos han concedido. Ante los ojos limpios de nuestro Dios y Señor, nuestra alma se verá tal cual es y sabremos, si somos para el cielo (donde veremos a Dios –directamente o previa purificación–), o para el infierno (donde será el llanto y el rechinar de dientes).

El Cristo real, no nos ha dejado desamparados en el camino, pues ha inaugurado en la tierra su Reino, la Iglesia, como nueva Arca de Noé que nos lleva a la Salvación. Con vistas a este fin, ha depositado en ella, para nosotros, sus tesoros: la perpetuación de su sacrificio redentor y el resto de sacramentos, la se-



*Juicio Final. Fra Angélico.*

guridad de su doctrina y los méritos de los santos y de la Santísima Virgen María. Y a esta Madre, la suya, con amorosísima condescendencia, le ha pedido que también sea nuestra madre.

Habiendo hecho y dicho todo esto, el Señor nos ha mandado vivir constantemente en vela, fieles a la tarea recibida, guardando sus palabras, alimentándonos de su Carne, a la espera, siempre a la espera, tanto de nuestra muerte como de su Regreso en gloria y majestad, como Juez de toda la historia.

Esto que grita el Evangelio, es lo que la Iglesia y la infinidad de creyentes de todas las épocas, culturas y edades ha entendido como real y guía clara para orientar la propia vida. Con lógica meridiana. Porque si las cosas son así, toda la vida adquiere su verdadero significado, y cada cosa puede ser valorada en su justa medida. Si las cosas son así, tenemos un camino seguro para escapar de la cárcel de este mundo y de la condenación eterna, y llegar a las verdes praderas de la Eternidad. Allí será la dicha que aquí sólo podemos intuir, pero nunca alcanzar.

Lo desconcertante de nuestro tiempo es que no enfrentamos estos hechos con realismo. Lo terrorífico es que hemos desarrollado una sordera se-

lectiva que nos impide escuchar lo que dijo el Señor o reinterpretarlo sistemáticamente; una suerte de acuerdo tácito para vivir la vida presente sin referirnos a su desenlace eterno. ¿No es una locura? ¿Cómo se puede atenuar con cualquier tipo de razonamiento la rotundidad de las palabras de Cristo? ¿Qué prudencia hay en desviar la mirada de los hechos que el Señor nos ha contado? ¿Cómo puede lograrse la plenitud de nuestra vida si no se orienta hacia y desde su verdadero fin? Realmente no actuamos así con ninguno de nuestros otros negocios.

Despertemos. No miremos a otro lado. Porque nos vamos a morir en cualquier momento, y luego vendrá el Juicio. Porque nos espera una eternidad de Cielo o de Infierno. Porque la vida eterna depende de cómo vivamos esta vida presente... y es fácil perderse en el camino.

¿Cómo nos lo tiene que decir el Señor? ¿Qué más tiene que hacer? El rico de la parábola, cuando ya era tarde, pensó que, si el pobre Lázaro volvía de entre los muertos para avisar a sus parientes, éstos creerían en la palabra de Dios. Ya Abrahán le hizo ver que la cosa no era tan sencilla... como si no bastara que algo pasara fuera de nosotros... como si debiera abrirse alguna puerta que sólo se abre desde dentro.

# Santa Cecilia, Patrona de los músicos

Daniel Rubio Ferrandis

No son muchos los datos históricos que conocemos con seguridad sobre santa Cecilia, noble romana que vivió hacia finales del siglo II e inicios del III. Sin embargo, la Iglesia de Roma le ha otorgado un puesto de honor, mencionándola en el canon de la misa junto a otras seis mártires, hecho que demuestra la especial relevancia de su culto ya desde los primeros siglos.

Las primeras referencias documentales acerca de Cecilia datan del siglo V, en que aparece citada en el *Martirologio jeronimiano* y, especialmente, en un texto hagiográfico dedicado a ella, la *Passio Cæciliæ*, cuya tradición recogerá y enriquecerá en el siglo XIII el dominico Jacobo de la Vorágine en su *Leyenda áurea*<sup>1</sup>.

Según la tradición hagiográfica, esta joven cristiana había consagrado su virginidad a Dios, si bien sus padres decidieron casarla con un hombre pagano, de nombre Valeriano. En la noche de bodas, Cecilia le explicó que ella estaba consagrada a Dios y él debía respetar su pureza, dado que un ángel la custodiaba. Valeriano, movido por inspiración divina, cree a su esposa y le pide ver a dicho ángel, pero Cecilia le indica que primero debe bautizarse. Valeriano acude entonces en búsqueda del papa Urbano I, quien se hallaba escondido, y esa misma noche recibe el bautismo de sus manos. Al regresar a casa, encuentra a Cecilia con el ángel, quien entrega a los esposos sendas coronas tejidas de rosas y azucenas del paraíso, en señal de la pureza en que han aceptado vivir. Entonces el ángel pregunta a Valeriano qué desea y este responde que querría que también su hermano Tiburcio fuera bautizado. Este, tras sentir el aroma de las flores, y habiendo escuchado el testimonio de los esposos, decide abrazar la fe.

Desde entonces Valeriano y Tiburcio, junto con Cecilia, dedicaron sus días a la práctica de obras de misericordia, asistiendo a los pobres y dando sepultura a los mártires cristianos. Sin embargo, los her-

manos fueron encarcelados y, negándose a ofrecer sacrificios a los dioses, fueron degollados en la Vía Apia. Su carcelero, Máximo, al ver cómo unos ángeles se acercaron a los cuerpos exánimes para llevarse al cielo sus almas, también se convirtió y sufrió asimismo el martirio. Estos tres mártires son conmemorados juntos el 14 de abril.



Fig. 1. Letra capital decorada con santa Cecilia portando una palma (aún no con el órgano) en un leccionario (Cod. membr. 6, f. 256r) de finales del s. XII de la abadía benedictina de San Martín en Hermetschwil (Suiza).

También a Cecilia le llegó el momento de abrazar el martirio, ante el asombro de los guardias de que una joven prefiriera morir antes que renunciar a Dios. La narración de Jacobo de la Vorágine pone en boca de Cecilia estas valientes palabras acerca del martirio, con las que habría conseguido convertir a muchos otros:

«Con mi muerte no perderé mi juventud, sino que la cambiaré por otra. Voy a hacer un buen negocio en el que saldré ganando mucho. Voy a dar barro para obtener oro. Voy a permutar este cuerpo vil en el que mora mi alma, por otro incomparablemente más valioso. Voy a ceder un rincón oscuro y angosto a cambio de una plaza inmensa y perfectamente iluminada. Decidme: si alguien os ofreciere unas cuantas monedas de oro por otras tantas de cobre, ¿no acudiríais presurosos a efectuar tan ventajoso trueque? Entended bien esto: si nosotros damos a Dios

1 Una traducción al español de la historia de Cecilia puede encontrarse en: Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada* (Alianza, 1982), vol. 2, pp. 747-753.

una unidad, Él la acepta y acto seguido corresponde a nuestra generosidad dándonos cien unidades del mismo género».

Cecilia fue condenada a morir en agua hirviendo en su propia casa. Sin embargo, tras estar toda la noche en la caldera y no sentir calor alguno, se la intentó decapitar con la espada. El verdugo, tras tres golpes, no consiguió separar la cabeza de su cuerpo, si bien las heridas que le infringió acabaron por causarle la muerte tres días más tarde, en los cuales Cecilia pudo repartir sus bienes a los pobres, pedir a Urbano que se hiciera cargo de aquellos a los que había convertido y que construyera un templo en su casa. Su fallecimiento es fechado el 16 de noviembre, según la tradición recogida en el martirologio romano, y su cuerpo fue sepultado en las catacumbas de San Calixto, en la Vía Apia.

Como es habitual en los oficios medievales de los santos, el texto de su *passio* fue tomado para componer las antifonas y responsorios para su fiesta, así como las lecturas del segundo nocturno de maitines. Por tanto, la Iglesia al celebrar a esta santa, canta a lo largo del oficio varias de las escenas de su vida aquí descritas.

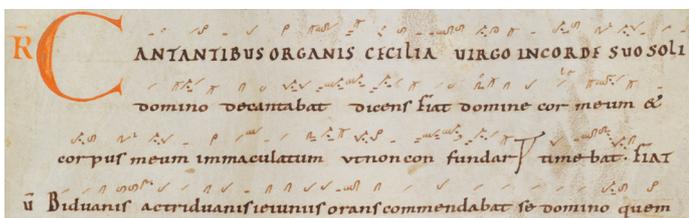


Fig. 2. Responsorio *Cantantibus organis* en el manuscrito 391 («antifonario Hartker», p. 155) de la abadía de San Galo (Suiza).

Según su deseo, la casa de Cecilia se convirtió en un templo cristiano, la basílica de Santa Cecilia en Trastevere, de la cual se tienen noticias, al menos, desde el siglo V. En el año 821 el papa Pascual I, tras tener una visión, encontró el cuerpo incorrupto de Cecilia en las catacumbas y mandó construir un nuevo templo de mayores dimensiones, trasladando los restos de Cecilia a su basílica. El ábside se decoró con un mosaico presidido por un Pantocrátor, acompañado por los santos Pedro, Pablo, Ágata, Valeriano y Cecilia, así como el propio papa Pascual, quien porta el modelo del templo.

Ya tras el Concilio de Trento, la Iglesia necesita poner especial énfasis en el culto a los santos,



Fig. 3. Mosaico del ábside de la Basílica de Santa Cecilia en Trastevere (Roma), s. IX.

por haber sido este atacado por los protestantes: el cardenal César Baronio había emprendido un estudio crítico de los textos hagiográficos y publica una nueva edición del martirologio en 1586; por otra parte, se vive un gran interés por las reliquias de los santos, como prueba visible de su autenticidad. En este contexto, Paolo Sfondrato, cardenal presbítero de la basílica de Santa Cecilia en Trastevere, emprende en 1599 la búsqueda del cuerpo de la santa que Pascual I había trasladado a la basílica, encontrándolo incorrupto y con las heridas del cuello. Sfondrato encarga entonces a Stefano Maderno una escultura de mármol en que Cecilia está representada en la posición yacente en que fue encontrada. Esta magnífica obra fue colocada bajo el altar mayor de la basílica, donde puede admirarse a día de hoy.



Fig. 4. Escultura de Santa Cecilia realizada por Stefano Maderno en 1600 (basílica de Santa Cecilia en Trastevere).

Al observar el mosaico de la basílica, puede verse que la santa no porta ningún atributo musical. Realmente, la asociación de Cecilia con este arte parece ser posterior, y se justifica a raíz de una frase de su *passio*: «Cantantibus organis illa in corde soli Domino decantabat dicens: fiat, Domine, cor meum et corpus meum immaculatum, ut non confundar»,

que se podría traducir como: «Mientras sonaban los instrumentos, ella cantaba al Señor en su corazón, diciendo: Haz, Señor, que mi corazón y mi cuerpo se conserven inmaculados y que no me vea confundida». Esta frase hace referencia al momento previo a las bodas, cuando Cecilia, temerosa de perder su virginidad consagrada a Dios, ayunaba y rezaba pidiendo por su pureza. Los instrumentos (*organis*) serían los de los músicos que se preparaban para ejecutar sus melodías en la ceremonia, mientras Cecilia cantaba «en su corazón», es decir, rezaba. Litúrgicamente, esta cita se emplea como primera antífona de laudes y vísperas, así como primer responsorio de maitines.

Habitualmente se dice que, hacia finales del medievo, estas palabras se debieron entender de forma muy literal, pensando que Cecilia verdaderamente cantaba, mientras la palabra *organis* se entendió no ya como instrumentos musicales en general, sino



Fig. 5. Letra capital de la antífona *Cantantibus organis*, decorada con el banquete de boda de santa Cecilia y músicos tocando sus instrumentos. Antifonario del s. XIII de la abadía cisterciense de Santa María en Beaupré (Bélgica), vol. 2, p. 355 (Museo Walters, Baltimore).

como el órgano en particular (que no existía en época de Cecilia). De este modo, desde el siglo XIV empieza a representarse a la santa con un órgano portátil (órgano de pequeñas dimensiones que se usaba en la Edad Media). Muy probablemente este atributo surge como una necesidad para identificar visualmente a Cecilia entre otras mártires, en lugar de portar una palma de forma anónima<sup>2</sup>. En el imaginario colectivo la imagen del órgano estaba ya muy en relación con la santa: desde el siglo XIII, las miniaturas representan la boda de Cecilia con un músico tocando el órgano y, además, las palabras «cantantibus organis» abren su oficio y se repiten varias veces a lo largo del mismo e, incluso en algunos lugares, en la misa.

En cambio, algunos autores han sugerido que podría existir una conexión con la música más profunda, justificada en la liturgia. La estación en la basílica de Santa Cecilia en Trastevere se celebra el miércoles posterior al segundo domingo de Cuaresma, siendo la epístola tomada del capítulo 13 del libro de Ester. Esta termina con la siguiente frase: «Converte luctum nostrum in gaudium, ut viventes laudemus nomen tuum, Domine, et ne claudas ora te canentium, Domine, Deus noster» («Vuelve nuestro duelo en alegría para que viviendo cantemos, Señor, himnos a tu nombre, y no cierres la boca de los que te alaban, Señor, Dios nuestro»). Esta lectura en la liturgia cristiana vendría heredada de la práctica hebrea, ya que el libro de Ester era leído en la sinagoga en la fiesta de Purim (en la que el pueblo judío celebra su salvación de la matanza a mano de los persas), la cual viene a coincidir alrededor de estas fechas. La fiesta de Purim era celebrada por los judíos (y sigue siéndolo) de forma muy festiva y con gran participación musical.

Esta cita de Ester expresa la idea contraria a otros pasajes bíblicos en que, en un contexto de penitencia por los pecados cometidos, debe silenciarse la música, asociada con el carácter festivo: «Se ha trocado en duelo mi cítara, y mi flauta en voz de plañideras» (Job 30, 31); «huyó de nuestros corazones la alegría, nuestras danzas se han tornado en luto» (Lam 5, 15).

Este tipo de pasajes son frecuentemente decorados en manuscritos iluminados con instrumen-

2 Esta teoría está desarrollada en: John Rice, *Saint Cecilia in the Renaissance. The Emergence of a Musical Icon* (University of Chicago Press, 2022).

tos tirados en el suelo. Ocurre también en muchos graduales en su primera pieza, el introito del primer domingo de adviento, *Ad te levavi animam meam* (Sal 24), donde es frecuente encontrar la inicial decorada con el rey David haciendo penitencia, despojado de su corona y con su arpa en el suelo. El texto de este salmo se emplea también en el ofertorio de ese domingo, el cual, curiosamente, se repite en la misa estacional en Santa Cecilia.



Fig. 6. Letra capital del introito *Ad te levavi*, con el rey David en penitencia y su arpa en el suelo. Gradual del s. XVI del convento carmelita de Sión en Brujas, f. 1r (Biblioteca Mazarina de París, ms. 432).

Con todos estos elementos, se ha sugerido que la identificación musical con Santa Cecilia podría nacer como una respuesta a la invitación de Ester: así como el pecado de David le había obligado a dejar la música para convertir su alegría en penitencia, Cecilia, al aceptar con fe y alegría los tormentos del martirio, retoma simbólicamente la música de David<sup>3</sup>.

Un famoso óleo es el *Éxtasis de Santa Cecilia* (1514) de Rafael, realizado para la capilla que Elena Duglioli dall’Olio dedica en su honor en la iglesia de San Giovanni in Monte de Bolonia. Elena, beatificada en 1828, tuvo que casarse contra su voluntad, por lo que, a imitación de Cecilia, convenció a su marido para vivir en castidad. La obra de Rafael alaba esta virtud: Cecilia lleva un cinturón negro y está acompañada por cuatro santos relacionados con la castidad

3 Esta teoría está desarrollada en: Thomas Connolly, *Mourning into Joy: Music, Raphael, and Saint Cecilia* (Yale University Press, 1995).

(Juan Evangelista, Pablo, Agustín y María Magdalena). Cecilia, en éxtasis, contempla a los ángeles que cantan en el cielo, mientras ella lleva un órgano en las manos, en el que parece tener poco interés. Otros instrumentos de cuerda y percusión (asociados a la música profana) están, al igual que en las representaciones de David, arrojados en el suelo y sin cuerdas, como significando un desprecio a los placeres mundanos. Rafael parece expresar aquí, de acuerdo con la última teoría expuesta, la idea contemplativa de una música interior, que Cecilia cantaría simbólicamente junto a los coros angélicos y que sobrepasa en belleza cualquier música humana<sup>4</sup>.

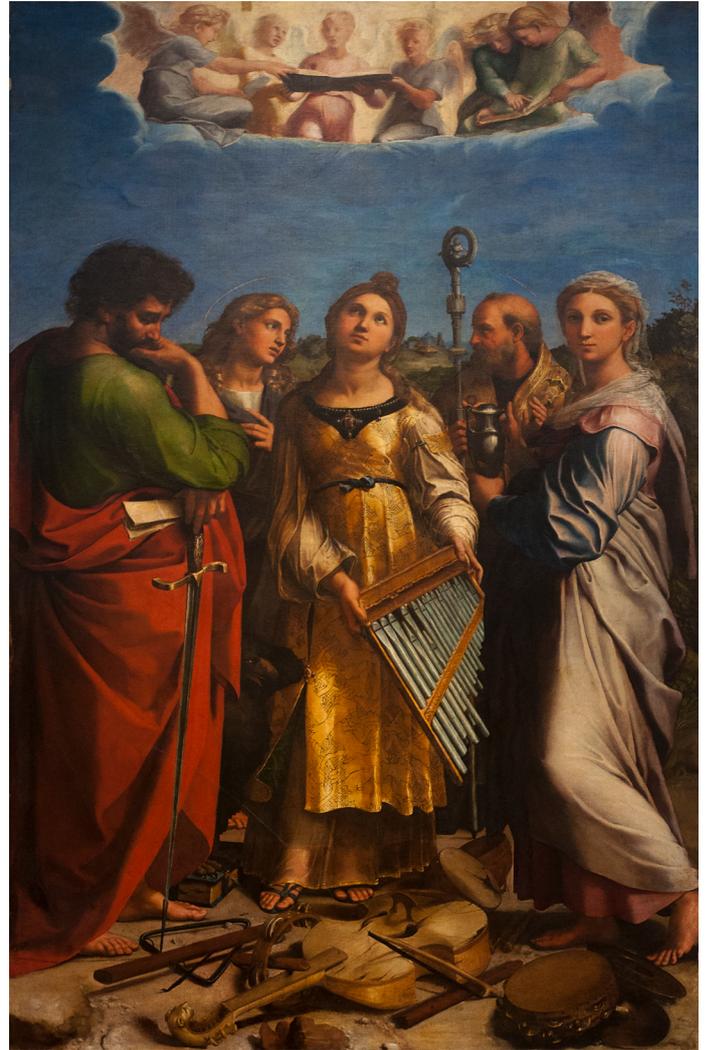


Fig. 7. *Éxtasis de Santa Cecilia* (óleo sobre tabla) de Rafael Sanzio (Pinacoteca Nacional, Bolonia).

En el siglo XVI, los maestros flamencos empiezan a representar a la santa no solo portando el órgano, sino también tañéndolo, pasando pronto a

4 Dom Prosper Guéranger, *Sainte Cécile et la société romaine aux deux premières siècles* (Firmin Didot, 1874).

asociarse directamente a Cecilia como organista. No es casual que sea este el siglo que vea surgir, primero en área flamenca, numerosas confraternidades de músicos bajo el patrocinio de la santa, las cuales empezaron a organizar grandes festejos en el día de su fiesta, el 22 de noviembre. En Roma Sixto V funda la congregación de Santa Cecilia en 1585, a la que pertenecería Giovanni Pierluigi da Palestrina, y que ya en 1838 se convirtió en una academia papal de gran prestigio internacional de la que formarían parte numerosos compositores europeos.



Fig. 8. Letra capital de la antífona Virgo gloriosa con santa Cecilia tocando el órgano y portando una corona de flores. Antifonario premonstratense de 1522 proveniente de la abadía de Tongerlo (Universidad Real de Gante, Hs BKT.6, f. 320v).

Por supuesto, desde que los músicos toman a la santa como su patrona, es muy abundante la producción de motetes en su honor, especialmente entre los compositores flamencos e italianos del XVI. Uno de los textos más frecuentemente puestos en música es, precisamente, *Cantantibus organis*.



Fig. 9. Voz del cantus del motete *Cantantibus organis* de Giovanni Pierluigi da Palestrina en su tercer libro de motetes (Venecia, 1575).

En el ámbito hispánico parece que Cecilia no gozó de este patrocinio musical en un primer momento: en el siglo XVI no constan especiales festejos celebrados por los músicos en su honor, ni tampoco la composición de motetes para su fiesta. La excepción la constituye *Dum aurora finem daret* (texto tomado del último responsorio de maitines) del sevillano Francisco Guerrero y que, probablemente, pudo haber compuesto para su visita en 1558 al emperador Carlos (de origen flamenco) en su retiro en el monasterio de Yuste.

En los siglos sucesivos, el patronazgo musical de Cecilia se extendió universalmente, creándose en todo el mundo numerosas asociaciones y orquestas con su nombre. La iconografía acabará por representar a la patrona de los músicos tocando no solo el órgano, sino también otros instrumentos, como el laúd, el violín o el arpa. Además, se ha compuesto numerosa música en su honor, como las célebres misas de Joseph Haydn o Charles Gounod. Asimismo, el movimiento de renovación musical que la Iglesia promovió desde finales del siglo XIX, en búsqueda de



Fig. 10. Santa Cecilia (óleo sobre lienzo) de Michiel Coxcié (Museo del Prado, Madrid).

un espíritu más sacro en la música litúrgica, tomó el nombre de *cecilianismo*. Y, por supuesto, aún a día de hoy, los músicos siguen celebrando devotamente su fiesta cada 22 de noviembre.

Santa Cecilia debe ser ejemplo de santidad no solo para los músicos, sino para todos los creyentes, por sus tres virtudes principales: «la virginidad, el celo apostólico y el valor sobrehumano que la hizo arrostrar la muerte y los suplicios; triple enseñanza que nos proporciona esta sola historia cristiana»<sup>5</sup>. Terminemos con una plegaria de Dom Guéranger, primer abad de Solesmes y gran promotor del canto gregoriano, quien pide a la santa que interceda para que en nuestras almas suene siempre una bella armonía agradable al Señor:

«Una comparación que se lee con frecuencia en los Padres de la Iglesia hace de nuestra alma una

5 Dom Prosper Guéranger, *El año litúrgico* (Aldecoa, 1956), vol. 5, p. 887.

sinfonía, una orquesta, *symphonialis anima*. Tan pronto como la gracia la anima, se mueve y vibra al compás de los pensamientos y de los sentimientos del Salvador, como el aire que a través de los dedos del artista pone en vibración al órgano. Ese es el bello concierto de las almas puras, que Dios escucha con mucho placer [...].

Dígnate, oh Cecilia, obtenernos la armonía constante de nuestra voluntad con nuestras aspiraciones virtuosas y posibilidades de bien. Dígnate además convencernos de que el estado de gracia, vida normal del cristiano, no consiste ni en la simple abstención del mal ni en la parsimoniosa y glacial observancia de los mandamientos, sino en una actividad llena de alegría y de entusiasmo que sabe dar a la caridad y al celo toda la amplitud y la suavidad de sus movimientos»<sup>6</sup>.

6 *Ibid.*, p. 893.

## I Encuentro de Jóvenes NSC-E

### Testimonios

#### Primer testimonio:

Momentos antes de terminar la convivencia, escuché cómo una chica decía en voz alta: “Ahora no sé qué voy a hacer cuando vuelva a mi vida en la ciudad. Aquí siento que puedo ser transparente, comparto más cosas con vosotros que con mis propios compañeros de profesión”. Creo que ese sentimiento era compartido por muchos de nosotros, y saber por qué estábamos allí es determinante para que en un futuro vuelva a producirse.

Me he dedicado a observar a todos y cada uno de los miembros que han acudido al encuentro, me he preguntado también cuál sería su historia o los motivos que les habían llevado hasta allí. En un principio, la respuesta era bastante clara; habíamos sido convocados por la asociación de Nuestra Señora de la Cristiandad después de haber hecho juntos una peregrinación que a ninguno nos ha dejado indiferentes. Pero a esta respuesta quizás se le pueda atribuir una

contestación más extensa si ponemos en el punto de mira otras muchas preguntas como, ¿qué es lo que nos une?, ¿es el simple hecho de ser jóvenes?, ¿es la idea de huir de un mundo que nos arrastra a su merced, casi asfixiándonos por las potentes mareas de la revolución?

Inevitablemente, nadar contra corriente conlleva un esfuerzo, que a veces puede resultar incluso heroico. No podemos olvidar que somos católicos del siglo XXI, nuestra labor no es hacer guerra de guerrillas y tampoco batallas campales. La nuestra, es una lucha cuyo campo de batalla está en los colegios, los hospitales, las profesiones que ejercemos, incluso dentro de muchos de nuestros hogares... Es una guerra silenciosa en la que solo gana aquel que se mantiene firme en sus valores, ideas y virtudes

Por este motivo estábamos allí reunidos, perdidos por la Sierra de Madrid y encontrados, en primer lugar, en el Santísimo Sacramento del Altar. Pero sabiéndonos pequeños frente al mundo, también



hemos podido encontrarnos entre nosotros con cada una de las miradas, risas y conversaciones que hemos tenido. Aquello que nos ha unido era la alegría con la que se recibe a un hermano en Cristo, la esperanza de no sentir que estamos solos y la fuerza de saber que nuestra lucha tiene sentido. Cada detalle, cada palabra bien dicha puede llevar a un gran bien para alguien que la necesita, aunque no seamos conscientes de la importancia de actuar acorde a nuestros valores. Y todo ello ha supuesto para muchos de nosotros un punto de apoyo, de comprensión y de alivio.

El esfuerzo acarrea sufrimientos además de satisfacciones, así que ¿por qué nos estamos esforzando?

“Porque vuestra fe es como el oro: su calidad debe ser probada por medio del fuego. La fe que resiste la prueba vale mucho más que el oro, el cual se puede destruir. De manera que vuestra fe, al ser así probada, merecerá aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo aparezca”. 1 Pedro 1, 7.

Y es precisamente este sufrimiento lo que nos hace semejantes. Y es ese poso en la mirada. Y es ese latido de un solo corazón que a veces sentimos dentro del nuestro. Y es por eso por lo que duele separarnos. Y es esto lo que nos une. Porque Cristo sufrió por nosotros y nosotros queremos sufrir por Cristo. Es, en definitiva, el amor de nuestro Jesús en nuestros corazones.

*Anónimo*

## Segundo testimonio:

El Primer Encuentro de Jóvenes de Nuestra Señora de la Cristiandad de España, realizado en Navacerrada no ha podido ser más especial. Estoy convencido de que los frutos de esta convivencia han sido inmensos, y que más pronto que tarde serán contemplados.

Mi nombre es Jorge María Fernández, soy de Bilbao, y se podría decir que fue mi primera “experiencia tradicional”. Por desgracia en mi ciudad no hay, todavía, ni medios ni permisos para realizar la Santa Misa Tradicional, y por ello decidí viajar junto a mi hermana María a Navacerrada, un pueblo gélido donde los haya, para vivir de primera mano esta experiencia, que se podría decir que fue más bien una bendición.

Al llegar nos encontramos con jóvenes de todo España que tenían en común dos aspectos principales: un anhelo rebotante de defender y perseverar en la tradición y un amor infinito a la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra. Se pudo apreciar durante los 3 días de convivencia un ambiente sano, enriquecedor y también, por qué no decirlo, divertido.

Durante todo el fin de semana transcurrían dinámicas para conocernos más a fondo y aprovechar el encuentro, pues casi todos éramos de distintas partes de España. Por un lado, las charletas que teníamos en el comedor, que daban para mucho. También los distintos juegos por equipos que nos hacían unirnos y forjar estrategias para lograr victorias. No puedo pasar por alto las conferencias del Padre Nilton Bustamante, repletas de formación tan necesaria para los tiempos que estamos viviendo, defendiendo la verdad cueste lo que cueste y mostrándonos las armas que Dios mismo nos ha regalado para combatir al enemigo: Comunión diaria, Santísimo Rosario diario y oración diaria. No podemos quejarnos de caer en la tentación si no hacemos uso de estas herramientas que Cristo mismo no da.

El mejor momento del día, sin duda, era la Santa Misa Tradicional. Todos estábamos mentalizados para el milagro que iba a acontecer. Máximo respeto a la Eucaristía, incienso, cantos gregorianos, el órgano... Personalmente puedo afirmar que, aquel domingo acudí a la mejor Misa de mi vida. Opté por sentarme atrás para poder observar cuándo arrodillarse, levantarse o sentarse y, para mi sorpresa, tenía el coro justo detrás de mi nuca. En el momento de la Consagración, de pronto, comenzó a sonar el himno de España tocado con el órgano; ciertamente me emocioné. Justo detrás de mí, el coro, mayoritariamente femenino, llevaba cantando en gregoriano toda la Misa. No me atrevía ni a girarme de lo precioso que sonaba. Estuve toda la Misa vibrando. Fue como teletransportarme al momento exacto del Santo Sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo. Se respiraba un respeto y una grandeza dignas de lo que estaba ocurriendo. Doy gracias a Dios por dejarme experimentar tal sensación.

Sin darnos cuenta habíamos vivido tres días en un ambiente que es difícil tener en el día a día de nuestras vidas, con tanto ruido y distracciones. Es como si estuviéramos, de alguna manera, apartados

del mundo. Fue, propiamente, un retiro. Un trocito de Cielo en la Tierra.

La vuelta al “mundo”, en mi caso, no fue sencilla, pues retomas la rutina, el trabajo, compromisos... Pero sí que, tras este fin de semana, me he notado con más fuerzas, más ganas de hacer bien las tareas, ofrecer ciertas cosas... Y, sobre todo, a darme cuenta de que no estoy sólo. Existen, aunque puede que te parezca extraño, jóvenes como tú y como yo, “NORMALES”, con las mismas inquietudes, mismas metas (llegar al Cielo), en los cuales puedes apoyarte, contarles tus problemas, compartir opiniones, bromear... Puedo decir orgullosamente que me llevo muchos amigos, que seguro, que, aunque sean de otras partes de España les voy a poder tener presentes.

En conclusión, el Primer Encuentro de Jóvenes de Nuestra Señora de la Cristiandad de España puede que te lo hayas perdido, pero habrá un segundo encuentro, y te recomiendo que esta vez no falles. Si no has tenido la suerte de conocer este “mundo tradicional”, es una buena oportunidad para derrumbar

prejuicios y, sobre todo, para darte de bruces con la única Verdad, Cristo mismo.

Os pido que recéis para que logremos en Bilbao celebrar la Santa Misa Tradicional pronto. Yo también os encomiendo. Dios os bendiga. VCR.

*Jorge María Fernández*



## Notas de actualidad



### XII Peregrinación Summorum Pontificum

Del 27 al 29 de octubre tuvo lugar la XII Peregrinación “Ad Petri Sedem” Populus Summorum Pontificum en Roma, organizada por el *Coetus Internationalis*, que reunió a numerosas asociaciones relacionadas con la Misa Tradicional, entre las que se encuentra Nuestra Señora de la Cristiandad - España.



### Ejercicios espirituales NSC-E para sacerdotes

La pasada semana, un grupo de 15 sacerdotes asistieron a los ejercicios espirituales organizados por NSC-E. Todos ellos expresaron su profunda gratitud por haber podido participar en los mismos.



*Laus Deo, Virginique Matri*